

Y en todas estas figuras de Profetas y de Sibilas un dibujo irreprochable, y unas ropas magníficas y un relieve que hace desprender completamente las imágenes y todos los accesorios del cuadro. No podemos ser minuciosos en la descripción de la bóveda; tenemos que fijar nuestras miradas en el gran fresco del Juicio Final.

Mucho habíamos visto de este cuadro en los grabados, en las fotografías, en las descripciones de los viajeros. Ibamos preparados para recibir extrañas y desconocidas impresiones al hallarnos delante del original. Se nos había dicho que se apoderaba del ánimo el más horrible espanto y la más profunda emoción al contemplar ese cuadro asombroso. ¡Triste desencanto! La vista de aquel inmenso agrupamiento de figuras humanas no produjo en nosotros el efecto que creíamos. Fríos espectadores de las escenas allí representadas, nuestro corazón de creyentes, nuestra alma cristiana, no se conmovió, siquiera ligeramente, ante lo que esperábamos nos retrataría á lo vivo el terrible drama de la catástrofe universal. Aquel Juez supremo, airado contra la humanidad delincuente, se nos presentó idéntico al Júpiter pagano que habíamos visto en el museo de Nápoles; aquellos ángeles de las trompetas que llaman á la humanidad á juicio, nos ofrecieron reproducciones de los atléticos gladiadores que combatían en el circo: los bienaventurados que creíamos ver agrupados con semblante sereno á la derecha del Juez en ordenadas filas, vestidos con blancas y resplandecientes ropas, los vimos aparecer en espantosa confusión, desnudos y en actitudes académicas algunos, por no decir impúdicas, representando escenas de orgías olímpicas que hicieran apartar la vista del cuadro á miradas pudorosas, si un virtuoso Papa no hubiese velado con el diestro pincel de Volterra lo que más ofendía en ellas la honestidad. La belleza ideal de los escogidos, la hermosura de que creyéramos ver revestidos á los que gozan de la visión beatífica la trocó el pintor en la rudeza de miembros y en la grosera expresión del salvaje; los ángeles allí son hombres y los hombres una especie de fieras. La Vir-

gen María es una mujer vulgar que se muestra como atemorizada y como víctima de la cólera de su Hijo, que parece ha provocado ella misma. Los precitos en grupos aislados y en posturas inverosímiles, representan á veces más bien escenas grotescas que terribles y excitan algunos la risa antes que producir el espanto. La barca de Carón viene por último á completar ese cuadro que llamaríamos de profanación del asunto religioso más serio y más respetable de nuestra creencia. El gran pintor del Renacimiento, inspirándose en la fábula, y no en las tradiciones religiosas del Cristianismo, ejecutó sin quererlo una composición enteramente pagana, y en vez de presentar un cuadro de edificación para los creyentes, dejó á la posteridad una prueba de los extravíos á que lleva el talento cuando en materias religiosas no quiere guiarse por la revelación. Y no se diga para disculpar á Miguel Angel que un gran poeta escribió el mismo asunto de una manera semejante, porque el poema de Alighieri no fué escrito para servir de lectura piadosa á los fieles, mientras el cuadro del Juicio final ordenó un Papa que se hiciese para adornar el muro principal de una casa de oración. Lamentable es que un genio tan poderoso; que el gran pintor que supo inspirarse en las tradiciones religiosas al desarrollar de una manera tan perfecta y apropiada los asuntos de la bóveda, no hubiese comprendido su misión al serle encomendada la pintura de la pared, y no hubiese logrado colocarse á la altura de los designios del Pontífice que mandó ejecutar la obra.

No desconocemos que se nos calificará de atrevidos al haber aventurado las anteriores apreciaciones acerca de una pintura que es objeto de admiración universal. Diremos para nuestro descargo, primeramente que hasta aquí no hemos formulado un juicio, sino comunicado al lector nuestras impresiones religiosas á la vista del cuadro. Después, que nuestra opinión acerca del gran fresco de Miguel Angel no preocupa la que pudiéramos tener y tenemos de la pintura bajo el punto de vista del arte; sobre lo cual diremos una palabra.

Reconocemos sinceramente que el Juicio Final es una composición maravillosa, si se consideran las dificultades que se propuso y de que salió tan airoso el artista. Centenares de figuras humanas, moviéndose en un espacio relativamente pequeño; centenares de figuras en diferentes actitudes y en difíciles posturas: cien escenas extrañas, que aunque referentes á un mismo asunto ofrecen variedad y producen maravillosos contrastes; el dolor, el espanto, la rabia, la desesperación expresados en multitud de semblantes y en cada uno de distinta manera; constituyen para el artista una situación de la cual solamente un genio extraordinario pudo salir victorioso. Bajo ese punto de vista, somos admiradores del cuadro, si bien lamentamos que por seguir el autor el capricho de presentar desnudos á todos los circunstantes; consintiera en ejecutar una pintura en que la más seca monotonía vino á neutralizar el buen efecto de los contrastes en el colorido. También nos atrevemos á señalar como un defecto esa tinta azul oscura igual por todas partes, que se ve cubriendo el espacio, sin otro matiz que el de la encarnación de las figuras.

Y aquí damos punto á nuestras apreciaciones, y perdón si no hemos seguido la corriente de los amadores relativamente al cuadro del Juicio Final. A lo menos nuestra imparcialidad no se pondrá en duda, cuando se nos ha visto entusiastas admiradores de otras muchas obras del incomparable artista.

Para terminar nuestra descripción de la Capilla, mencionaremos solamente las pinturas que adornan las paredes laterales. A la izquierda está una serie de cuadros al fresco que contienen pasajes del Antiguo Testamento; los de la derecha pertenecen al Nuevo: son seis de cada lado. Los primeros representan los asuntos siguientes: Moisés viajando en Egipto con Séfora, Moisés atacando á los pastores Madianitas, El Paso del Mar Rojo, la Adoración del becerro de oro, El fuego del Cielo matando á Coré, Dathán y Abirón, y la Promulgación de la antigua Ley. Los segundos son: la Cena del Señor, Jesucristo entregando á San Pedro las llaves, Je-

sús predicando sobre la montaña, la Vocación de los Apóstoles Pedro y Andrés, Jesús tentado por Satanás, y el Bautismo de Nuestro Señor. Todos estos cuadros son de muy buenos autores; los más de Botticelli, como dijimos arriba, y los hay del Perugino, de Ghirlandaio, de Signorelli y de Rosselli. No merecen mencionarse dos malos frescos que se hallan á los lados de la puerta principal y fueron ejecutados en tiempo de Gregorio XIII para sustituir otros bellísimos que se habían borrado.